

VEHEMENTE IMPRECACIÓN DEL ÚLTIMO VAMPIRO AL
ASESINO ABRAHAM VAN HELSING

Santiago López Navia

A Jorge Ouro

Te afanas en tu rabia
por arrasar con todo cuanto ignoras,
y en el constante azote de tu acoso
se oculta la verdad de tu miseria.

No entiendes el paisaje de la noche
abierto a nuestro vuelo poderoso.
No entiendes nuestra sed, nuestras razones.

Yo no puedo explicarte,
pobre mortal estúpido,
la tibia maldición que me hace eterno
en un latido inmenso, siglo a siglo.

Yo no puedo explicarte
tanta sabiduría atesorada
en todas las edades
con el fluir silente de los tiempos.

Jamás entenderías
el beso de la sangre en mi garganta
ni el cálido refugio en la tiniebla.
Nunca podré aspirar a que comprendas
el dulce aullido en celo del licántropo
(esa balada cálida
que encoge el pecho ruin de los mortales

que ignoran sus motivos).

No entiendes lo que odias.
Tus ojos de asesino están cegados
a la complicidad del plenilunio,
a este tremendo estigma de destierro
que brota de la luz que nos robaste.

No puedes entender a quien persigues.
No puedes perdonar a quien envidias
porque en su suerte goza
todo lo que no tienes:
la identidad del lobo o de la bruma,
el grito que concita tempestades,
el cuerpo que se burla del espejo
y el beso de esta tierra
que arrulla el ataúd en que descanso.

No puedes. No te esfuerces.
No le busques excusas a tu caza.
No intentes que me rinda ante la fuerza
que alumbra tu cruzada.
No intentes convencerme: hunde tu estaca
en este corazón muerto hace tanto,
y ahórrame la hiel de tu discurso.
Yo sé que he de morir. Sé que está escrito
que tu poder mortal ha de apartarme
de todo lo que es mío.
Me consta que esta historia (que es tu historia)
hará brillar tu triunfo con mi muerte,
pero tu carne perentoria y leve
vendrá a abonar un día
el mismo barro que hoy forma mi polvo
mezclado con la ofrenda de la lluvia.

Y cuando no haya nada en esta tierra
más allá de tu nombre,
cuando tu vida triste y miserable
no sea más que un pálido recuerdo,
cuando el olvido aliente la victoria
de los amados hijos de la luna,
cuando el aullido libre de las bestias
convoque el despertar de los no muertos,
se hará otra vez la noche
que arropará feliz nuestro retorno.

Y desde el estallido de los truenos
que entraña la tormenta,
desde la luz hermana del relámpago,
desde el abismo último,
desde la sima negra del océano,
desde el rugido atroz de los volcanes,
desde el refugio amigo de los bosques
donde las sombras tienen su morada,
desde todos los vientos desatados,
desde la helada cuna de los polos,
desde el desierto inmenso donde todo
puede perder su nombre y su conciencia,
desde el río que arrastra en su caída
la nieve inaccesible de las cumbres,
desde los descampados
en donde crecen libres los abrojos,
desde el seguro abrigo de la cripta,
desde los más recónditos rincones
ocultos tras los puntos cardinales,
se oirá otra vez la heroica llamada
sedienta del vampiro y de su estirpe.